



Debates en el Movimiento Comunista Internacional: la polémica con Mariátegui

Dra. Alexia Massholder

Fecha de recepción: 22/12/2015

Fecha de aprobación: 29/12/2015

Resumen

Se presentan aquí posiciones en el marxismo latinoamericano, uno de los primeros “choques” fue sin dudas el protagonizado por uno de sus pensadores más audaces, el peruano José Carlos Mariátegui (1895¹-1930). Se propone reflexionar los análisis de diferentes autores quienes se ocuparon de Mariátegui, tal el caso de Adolfo Sánchez Vázquez o Aníbal Quijano. Además diferentes polémicas entre Mariátegui y sus pares.

En este trabajo resultan centrales, los materiales escritos por Mariátegui presentados en la Conferencia de 1929, específicamente *Punto de vista antiimperialista* y *El problema de las razas en la América Latina*. El autor profundizó sobre el último punto, en su conocido informe.

En definitiva, se propone aquí un trabajo reflexivo sobre la obra del intelectual peruano Mariátegui, su aporte al pensar situado y las controversias generadas a partir del mismo, en lo que se ha dado a llamar el marxismo latinoamericano.

Palabras clave: comunismo, marxismo latinoamericano, Mariátegui, anti-imperialismo.

Debates in the international communist movement: the polemics about Mariátegui

Positions about Latin-American Marxism are presented here. One of the first controversial points was undoubtedly the one characterized by one of the most audacious thinkers, the peruvian José Carlos Mariátegui (1895-1930). The analyses of different authors who studied Mariátegui are proposed, such as Adolfo Sánchez

¹ Existe una controversia sobre el año de nacimiento de Mariátegui. Mientras que en su autobiografía el propio amauta dice haber nacido en 1885, sus biógrafos sostienen que fue en 1894. No es un dato relevante para el tema que nos convoca, pero nos parece oportuno mencionarlo.



Vázquez or Aníbal Quijano; along with different discussions between Mariátegui and his peers.

In this text, the works written and presented by Mariátegui at the 1929 Conference have a key role, most specifically *Anti-imperialist Point of View* (Punto de Vista Antimperialista) and *The Problem of the Races in Latin America* (El Problema de las razas en la América Latina). The author deeply analyzed the latter in his widely known report. All in all, it is herein proposed a reflection on the works of the intellectual peruvian Mariátegui, his contributions to situated thinking and the controversies generated from this, in what has been called Latin American Marxism.

Key Words: Communism, Latin American marxism, Mariátegui, anti-imperialism.

Desarrollo

Adolfo Sánchez Vázquez propuso una periodización para el estudio de la trayectoria intelectual de Mariátegui, a quien llamó el *primer marxista de América Latina*, no porque no hubiera habido marxistas antes que él sino porque, como bien ha señalado Néstor Kohan, trató de aplicar a Marx de otra manera, planteando que el mundo indígena no existía en Londres, ni en París, y había que pensar para la realidad peruana nuevas formas de aplicar el marxismo.^{II} Recordemos la tan citada frase que resonó en el editorial del tercer aniversario de la revista *Amauta*: “No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva.” (Mariátegui, 1928)

También Aníbal Quijano señaló que la autonomía intelectual de Mariátegui, autonomía que siempre se insertó dentro de los límites del marxismo, “no se reduce única, o principalmente, a un matiz de una de las tendencias previas. El tiempo va depurándola como una matriz alternativa a las opciones eurocentristas de investigación y de revolución de la sociedad.” (Quijano, 1995:9)

La periodización propuesta por Sánchez Vázquez se inicia con la etapa que transcurre entre 1911 y 1919, cuando el amauta se desempeña como periodista y el

II Kohan rescata también los aportes en este sentido de pensadores como Sergio Bagú, Ruy Mauro Marini y Luis Vitale, que por razones de espacio no desarrollaremos. En Lowy (1980).



contacto con la Reforma Universitaria y las movilizaciones obreras de principios del siglo XX lo empujan a la órbita de la política. El segundo período comprende su viaje a Europa, central en su formación, en donde presencia la fundación del Partido Comunista Italiano en 1921, y ocasión en la que tuvo contacto con Antonio Gramsci. Allí pudo acceder a un panorama mucho más claro de lo que acontecía en Rusia y en la III Internacional, también conoció la experiencia de la toma de fábricas en Turín. El tercer período se inicia con el regreso de Mariátegui a Perú en marzo de 1923 y finaliza con el fallecimiento del amauta en 1930. Es en este último período en el que el joven pensador se ha volcado ya definitivamente al pensamiento marxista.

Las polémicas de Mariátegui

En el transcurso de los años 1928 y 1929, Mariátegui mantuvo dos polémicas con pares latinoamericanos. Una de ellas, que sólo mencionaremos suscitadamente, fue con su compatriota Raúl Haya de la Torre, fundador de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), luego de que ambos se alinearan en el profundo latinoamericanismo que brotó en la intelectualidad de los años '20 (y que rebrotaría con fuerza en los '60). El APRA surge como una respuesta a la creciente presión que los Estados Unidos venían ejerciendo en la política peruana, respaldando al dictador Augusto B. Leguía en su represión contra huelgas obreras y sublevaciones indígenas en Huancané y La Mar en 1923. En 1924, con el apoyo de la oligarquía peruana y los Estados Unidos, Leguía obtiene su elección “constitucional”. Frente a esto, el APRA se lanza con una propuesta de formación de un frente unido de los países latinoamericanos contra el imperialismo yanqui.

En un primer momento Mariátegui apoyó esta iniciativa, pero comenzó a alejarse cuando Haya de la Torre buscó darle a aquella Alianza la forma de partido político que aglutinara a las diferentes clases sociales opuestas al imperialismo y señaló la necesidad de una revolución democrático-burguesa. Frente a esto, Mariátegui escribía: “Cualquiera que sea el sesgo que siga la política nacional, y en particular la acción de los elementos con que hasta ayer habíamos colaborado identificados en apariencia -hemos descubierto ahora que era en apariencia- los intelectuales que nos hemos entregado al socialismo, tenemos la obligación de reivindicar el derecho de la clase obrera a organizarse en un partido autónomo” (Carta a Ravines, en



Mariátegui, 1995:136) La insistencia en sus posiciones llevó a Haya de la Torre a romper la III Internacional en el Congreso Antiimperialista de Bruselas en 1927 y con Mariátegui al año siguiente. En la polémica, el líder del APRA acusó al amauta de “europeísta” por su insistencia en dar a la lucha un claro contenido de clase, y planteó la imposibilidad de saltar “etapas”, específicamente la etapa de una revolución democrático-burguesa, para alcanzar el socialismo en nuestros países. Mariátegui, por su parte, descartaba la posibilidad de que la burguesía adoptara posiciones revolucionarias: “No suscribo, por otra parte, la esperanza en la pequeña burguesía, supervalorizada por el aprismo. La pequeña burguesía es la base política del leguismo, que le habla bien su idioma, se apropia de sus mitos, conoce y explota sus resortes sentimentales y mentales”. (Carta a Ravines, en Mariátegui, 1995:137)

Los estudios realizados por Mariátegui, publicados luego con el título de *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), lo llevaron a plantear que el objetivo primero debía ser la lucha por el socialismo. Así, aquella convergencia inicial en las filas apristas se rompió por las irreconcilables interpretaciones que ambos mantenían respecto a la revolución en Perú. De estas divergencias se desprenderían diferentes visiones del rol del campesinado y el proletariado en la revolución, y tantas otras que harían ya imposible el trabajo común entre ambos.

Luego de la ruptura, Mariátegui y sus seguidores fundarán el Partido Socialista del Perú en 1928. Según afirma Aníbal Quijano, la III Internacional presionó para que el grupo del amauta rompiera con el APRA y formara un partido para afiliarse a ella. Lo cierto es que el 16 de septiembre de ese año se constituye la célula inicial del Partido y se afilia a la III Internacional, eligiendo Mariátegui como su Secretario General.

El nuevo Partido declaraba en sus “Principios programáticos” que el marxismo-leninismo “es el método revolucionario de la etapa del imperialismo y de los monopolios. El Partido Socialista del Perú, lo adopta como su método de lucha”. Esto no presentaba ninguna contradicción con la III Internacional, como tampoco la caracterización de Mariátegui hacía en aquel documento del carácter pre-capitalista del Perú que “por la ausencia de una clase burguesa vigorosa y por las condiciones nacionales e internacionales que han determinado el lento avance del país en la vía capitalista, no puede librarse bajo el régimen burgués enfeudado a los intereses



imperialistas, coludido con la feudalidad gamonalista y clerical, de las taras y rezagos de la feudalidad colonial”. Pero, como veremos luego, la salida a esa situación pre-capitalista sólo podía darse con la acción proletaria que “puede estimular primero y realizar después las tareas de la revolución democrático-burguesa, que el régimen burgués es incompetente para desarrollar y cumplir”. (Mariátegui, 1995:154)

En su misma fundación se establecía que “de acuerdo con las condiciones concretas actuales del Perú, el Comité concurrirá a la constitución de un Partido Socialista, basado en las masas obreras y campesinas organizadas”. Esto implicaba ya una primera contradicción con las directivas de la Internacional, que promovían la fundación de partidos *comunistas* y de base estrictamente *obrera*. Así, como bien observa Quijano, “la fundación del Partido Socialista del Perú se lleva a cabo, por su nombre y sus bases sociales, como explícita manifestación de independencia y de diferenciación específica dentro de la III Internacional, en el preciso momento de acordar su adhesión a ésta”. (Mariátegui, 1995:150) La nueva organización pasaría a llamarse Partido Comunista Peruano luego de la muerte de Mariátegui en 1930. Esto nos da pie para ingresar en la otra polémica que mencionáramos inicialmente, que se desarrollara en 1929 en el marco de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, que reunió a los partidos afiliados a la Internacional en la ciudad de Buenos Aires entre los días 1 y 12 de junio. Participaron en la Conferencia 38 delegados de 14 Partidos Comunistas del continente, y algunos dirigentes de la Internacional como Jules Humbert-Droz. A pesar de no haber podido asistir, Mariátegui envió sus tesis con los delegados peruanos Julio Portocarrero, dirigente sindical, y el médico Hugo Pesce.

La Conferencia Comunista de 1929: el debate con la III internacional

Antes de entrar en el contenido de las polémicas desatadas en dicha reunión consideramos oportuno hacer algunas referencias al clima político e intelectual en el que se inserta la discusión. En el año 1921, La III Internacional publica en *L'internationale communiste* un trabajo titulado “Sobre la revolución en América”. Allí se afirmaba, muy acertadamente, que el imperialismo norteamericano basaba su poderío imperial en la explotación y dominación de América del sur avalada por la



llamada doctrina de Monroe proclamada en 1823, y señalaba: Los pueblos de América del sur se equivocan ridículamente cuando hablan de su independencia. En el período imperialista, no se puede hablar de independencia para los pueblos pequeños: están reducidos a una dependencia vasalla hacia los grandes Estados. Luego de la “guerra hispano-cubano-norteamericana” de 1898, guerra que marcó el ingreso de los Estados Unidos al “reparto del mundo” que hasta el momento sólo se daba entre las viejas potencias europeas, Theodore Roosevelt remarcó en 1904 el papel de los Estados Unidos, como el país civilizado encargado de ejercer “un poder de policía internacional” cuando las circunstancias lo requirieran.^{III} De hecho, en la década del '20 ya los Estados Unidos mantenían ejércitos de ocupación en Nicaragua, Haití, Honduras y otros países del Caribe, como forma de “acompañar” su plan reforzando su control efectivo “in situ” reprimiendo cualquier intento de sublevación.

El mismo artículo de la *L'internationale* planteaba de manera contundente que “la fuerza de Estados Unidos y su desarrollo constituyen el mayor peligro para la seguridad del mundo, para la libertad de los pueblos y para la liberación del proletariado”. Esta claridad en la lectura de una realidad que, lamentablemente, sigue vigente, iba acompañada con la propuesta de crear en cada país de América del Sur un Partido Comunista para contribuir al esclarecimiento de las masas. En el mismo artículo se planteaba la necesaria “unión revolucionaria de la clase campesina pobre y de la clase obrera”, pero no se reconocían las realidades diferentes de países como, por ejemplo, Argentina y Perú, algo que el propio Mariátegui señalaría en sus tesis presentadas en la Conferencia de 1929.

Al año siguiente, en 1922, se celebra el IV Congreso de la Internacional Comunista y cuyas resoluciones interpelan por primera vez a los trabajadores latinoamericanos. Finalizada la Guerra Mundial que se prolongó de 1914 a 1918, el panorama de decadencia precipitado por la contienda entre “grupos imperialistas” se sumaba a las repercusiones del triunfo de la Revolución Rusa para evidenciar un hecho contundente: Estados Unidos había fortalecido su poder convirtiéndose en la nueva potencia imperialista. Las resoluciones señalaban que: era sobre todo en América Latina donde, sea bajo una forma supuestamente económica, sea mediante una

III Un excelente trabajo para recorrer el ensañamiento norteamericano con Nuestra América es el de Luis Suárez Salazar *Madre América* (2003).



política abierta, el imperialismo de Estados Unidos asegura su dominación. Busca en América del Sur la seguridad de salida a sus productos, que el capitalismo europeo ya no puede asegurarle debido al desquiciamiento de su base social. (La Correspondance Internationale, 1923)

En 1928, un año antes de la Conferencia y ya muerto Lenin, se reunió en Moscú el VI Congreso de la Internacional Comunista, que dejaba claramente establecido el papel de la URSS en el movimiento comunista internacional afirmando que: el proletariado internacional, para el cual la URSS es la única patria, la fortaleza más sólida de sus conquistas y el factor más importante de su liberación, tiene el deber de ayudar a la URSS en su obra de edificación socialista y defenderla por todos los medios contra los ataques de los países capitalistas. Esto estaba claramente respaldado por los escritos del propio Lenin para el II Congreso de la Internacional en 1920, en los que puede leerse: “La situación política internacional ha puesto a la orden del día la dictadura del proletariado, y todos los acontecimientos de la política mundial, se concentran inevitablemente alrededor de un punto central: la lucha de la burguesía mundial contra la República Soviética Rusa, alrededor de la cual deben agruparse de un modo inevitable, los movimientos soviéticos de los obreros avanzados de todos los países, por una parte, y todos los movimientos de liberación nacional de las colonias y de las nacionalidades oprimidas, por otra”. (Lenin)^{IV}

Es importante señalar que en ese II Congreso, el tema del movimiento “democrático-burgués” era ya tema de discusión, enfrentando a sus defensores con quienes suponían que por ese camino se borrarían las diferencias entre el movimiento reformista y el movimiento revolucionario. Sobre esto escribía Lenin: “Entre la burguesía de los países explotadores y la de las colonias se ha producido cierto acercamiento, por lo que muy a menudo -y tal vez hasta en la mayoría de los casos-, la burguesía de los países oprimidos, pese a prestar su apoyo a los movimientos nacionales, lucha al mismo tiempo de acuerdo con la burguesía imperialista. Es decir, al lado de ella, contra todos los movimientos revolucionarios y las clases revolucionarias. En la Comisión, este hecho ha quedado demostrado en forma irrefutable, por lo que hemos considerado que lo único acertado era tomar en consideración dicha diferencia y sustituir casi en todos los lugares la expresión

IV Lenin, V.I., “Informe de la comisión para los problemas nacional y colonial”, disponible en www.marxist.org.



`democrático-burgués' por `revolucionario-nacional'. El sentido de este cambio consiste en que nosotros, como comunistas, sólo debemos apoyar y sólo apoyaremos los movimientos burgueses de liberación en las colonias en el caso de que estos movimientos sean verdaderamente revolucionarios, en el caso de que sus representantes no nos impidan educar y organizar en un espíritu revolucionario a los campesinos y a las grandes masas de explotados. Si no se dan esas condiciones, los comunistas deben luchar en dichos países contra la burguesía reformista". (Lenin)^V

En estos momentos se elaboraba la estrategia de "frente único" que se consagrará en el movimiento comunista en el III Congreso de la Internacional en 1921, y que alentaba a los comunistas a establecer acuerdos con el reformismo obrero o las burguesías nacionales, camino que permitiría poner en evidencia las limitaciones de las dirigencias reformistas y ganar a las masas para el movimiento revolucionario. Por eso la importancia de la creación de partidos comunistas en cada país: La existencia, en cada país, de un partido comunista cohesionado, curtido en el combate, disciplinado, centralizado, ligado estrechamente a las masas, es una condición previa para la lucha victoriosa de la Internacional Comunista por la dictadura del proletariado.

Pero volvamos al VI Congreso de 1928. Para este momento, la estrategia de "frente único" había sido reemplazada por la de "clase contra clase". El cambio obedecía a la lectura de un capitalismo en franca decadencia, que llevaría a los sectores medios a tomar posiciones cada vez más reaccionarias. Por ese motivo, los comunistas debían rechazar abiertamente cualquier acción común con socialistas, reformistas y cualquier sector de la burguesía. Sólo el proletariado y su vanguardia organizada podían llevar adelante la lucha revolucionaria. Muerto Lenin y desterrado Trotsky, Stalin se perfilaba como el nuevo líder del movimiento comunista internacional, y buscó, a partir de ese VI Congreso, homogeneizar las posiciones de los partidos comunistas bajo la dirección de Moscú. Todo planteo que se alejara de la línea soviética implicaría entonces una "desviación revisionista" o "pequeño-burguesa".

En 1928 América Latina es ya tema de estudio en el movimiento internacional comunista, y se consagra la definición de nuestros países como centralmente

V Lenin, V.I., "Informe de la comisión para los problemas nacional y colonial", disponible en www.marxist.org.



precapitalistas y feudales.^{VI} Así se recordaba a los inicios de la Conferencia en 1929: “Para comprender el carácter de la revolución en América Latina, es entonces, necesario tener en cuenta que la independencia de estos países, realizada a principios del siglo pasado, ha sido una independencia de forma. Puesto que el imperialismo ha intervenido directamente en la misma, impidiendo el desarrollo normal de una burguesía agraria e industrial independiente, sino que conservando el régimen de explotación semi-feudal, dejando que la economía se desarrollara en forma primitiva y de acuerdo a los intereses imperialistas”. (El movimiento revolucionario latinoamericano, 1929:21)

Las conclusiones desprendidas de esta interpretación llevaron a la elaboración de esquemas que no contemplaban las realidades americanas previas a la llegada de los europeos al continente, y que indudablemente incidían en el tipo de sociedad sobre la cual los comunistas pretendían actuar. Estos esquemas, además, presuponían que para alcanzar el socialismo se debían primero desarrollar las fuerzas productivas capitalistas y avanzar en una revolución “democrático-burguesa” para alentar el surgimiento de una clase obrera fuerte que pudiera llevar adelante la revolución socialista. Ni los campesinos ni los pueblos originarios eran sujetos centrales en estos esquemas. Como veremos, la propuesta de Mariátegui ponía en cuestión este fatalismo histórico, al que contraponía la centralidad del método marxista como herramienta para desentrañar las realidades sobre las cuales había que operar.

En 1929 el comunismo era ya un movimiento internacional, integrado por una gran cantidad de partidos comunistas, llamados entonces “secciones” nacionales de la Internacional Comunista. Esto no era una simple denominación, sino que refiere a un sentido de pertenencia que iba mucho más allá de las fronteras de cada país. Dentro de ese movimiento internacional, la Unión Soviética representaba el ejemplo de revolución socialista triunfante y progresivamente Moscú se fue convirtiendo en la “meca” de las directivas teórico-políticas y estratégicas. Esto empañó en muchos casos algunos de los más importantes aportes de Lenin quien, retomando a Marx y

VI Fue en aquel congreso en el que Nicolai Bujarin declara que la filosofía oficial de la Internacional era el “materialismo dialéctico”, sistema filosófico generalizado por Plejanov. Para una genealogía del materialismo dialéctico puede consultarse el libro de Néstor Kohan “Marx en su (tercer) mundo”.



Engels en su método de trabajo, planteaba el “análisis concreto de la realidad concreta” y que el marxismo era una “guía para la acción”.^{VII} La “sovietización” del pensamiento comunista internacional se agudizó con el inicio de la llamada “guerra fría” en la década del '40, por lo que la agudización del conflicto entre la URSS y los EEUU hizo que, en muchas oportunidades, se acallaran discusiones que pudieran alimentar divisiones en el movimiento comunista y facilitar el avance norteamericano. Las necesidades de la política primaron, de alguna forma, por sobre el desarrollo de debates teóricos.

Es en este contexto que se celebra la Primera Conferencia Latinoamericana de Partidos Comunistas en Buenos Aires en junio de 1929. Fue aquella Conferencia el escenario de las críticas casi unánimes de los partidos comunistas, alineados en su gran mayoría a las posiciones de la Internacional, a las tesis presentadas por el peruano José Carlos Mariátegui en sus trabajos “Punto de vista antiimperialista” y “El problema de las razas en la América Latina”. Desde aquel entonces, el pensamiento de Mariátegui quedó silenciado, hasta que en 1963 la Casa de las Américas publica los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Para ese entonces, el problema de las “etapas” para la revolución socialista había sido puesto una vez más en cuestión por la propia Revolución Cubana.

Hubo, igualmente, referencias al pensamiento del amauta en trabajos de diferentes intelectuales comunistas de América Latina, que han permanecido a las sombras por no encuadrarse con las posiciones de las direcciones políticas de los partidos. Entre estas referencias podemos citar la contundente afirmación del comunista argentino Héctor P. Agosti de que “[e]n nuestra América sólo dos grandes figuras ejemplifican al verdadero intelectual revolucionario. Una es Mariátegui, el magnífico escritor que desde su sillón de inválido promueve la organización del proletariado peruano. La otra es Mella. Mella supera la antinomia de la cultura burguesa al fundir brillantemente la teoría y la práctica”. (1976:84)^{VIII} Esa afirmación resultaba un tanto osada, si tenemos en cuenta que fue escrita durante la prisión que Agosti sufriera

VII Retomando la figura de Gramsci, es interesante ver que esta concepción está presente en su escrito “Revolución contra El Capital”, 1917.

VIII Agosti desde Moscú comentó a mediados de los años '80: “Tengo muchas notas acumuladas sobre Mella y Mariátegui, a quienes pensaba dedicar dos estudios para terminar, con el de Ponce, la trilogía sobre los antecedentes del pensamiento marxista en América Latina”. Carta de Agosti a Rodney Arismendi, 16 de julio de 1980. Archivo Héctor P. Agosti, Partido Comunista de la Argentina.



entre 1934 y 1937, muy pocos años después de la Conferencia de 1929. Uno de los miembros de la dirección del Secretariado Sudamericano de la Internacional, y uno de los principales refutadores de las tesis de Mariátegui, era Victorio Codovilla, máximo dirigente del PC argentino y de quien Agosti era entonces colaborador a sus 18 años. El otro gran referente del PC argentino, Rodolfo Ghioldi, había argumentado contra las tesis de Mariátegui en 1933, apenas unos años antes de que Agosti escribiera estos textos, afirmando que el comunismo no reconocía una cuestión racial, sino una cuestión nacional. No ha sido el de Agosti, seguramente, un caso aislado, pero está claro que representaron una minoría dentro de las posiciones hegemónicas del comunismo de aquellos años.

Los ejes de la polémica: imperialismo, revolución y el problema de las razas.

Como anticipamos, los materiales escritos por Mariátegui presentados en la Conferencia de 1929 fueron “Punto de vista antiimperialista” y “El problema de las razas en la América Latina”. La primera de las intervenciones, fue leída por Portocarrero en el marco de las discusiones sobre las luchas antiimperialistas y los problemas de la táctica de los Partidos Comunistas de América Latina.^{IX} Hubo allí dos temas que detonaron la discusión: el impacto del imperialismo en los países de América Latina y el carácter de la revolución.

No había dudas que los países de América Latina eran víctimas privilegiadas de las garras estadounidenses. Lo que Mariátegui pone en el centro de la discusión es el papel jugado por las burguesías latinoamericanas en cada país, atendiendo a lo que denomina “psicología política” de cada una de ellas. Las burguesías tenían en el imperialismo una fuente inagotable de provechos económicos que superaban con creces los beneficios de preocuparse por la soberanía nacional. Esta situación era especialmente evidente en países como Perú, en el que las burguesías “blancas” se sienten mucho más cercanas culturalmente a los opresores que al pueblo indígena, mestizo, estrechando los lazos entre la pequeña y la gran burguesía contra el elemento popular y nacional. Pero para Mariátegui la situación de lo que denomina “indoamérica” es diferente de la realidad de países más “avanzados” como Argentina, en los que el peruano ve una burguesía rica, numerosa y orgullosa de las

IX En la publicación de las Actas aparece mencionado como Zamora.



bondades de su patria, más parecida a Europa que a “indoamérica”. Burguesías como la argentina resultaban entonces más permeables a consignas antiimperialistas, lo que implicaba una primera gran diferenciación necesaria entre los propios países del continente imposibilitando la aplicación de un mismo “esquema” de acción para todos ellos. Mariátegui también planteaba una diferenciación entre los países Sud Americanos y los países de América Central: donde el imperialismo yanqui, recurriendo a la intervención armada sin ningún reparo, provoca una reacción patriótica que puede fácilmente ganar al anti-imperialismo a una parte de la burguesía y la pequeña burguesía. Eso explicaba además los diferentes resultados que la propaganda aprista había logrado en diferentes países.

De la argumentación respecto a las burguesías latinoamericanas, se desprende la lectura acerca del carácter de la revolución en los países de América Latina. Aunque Mariátegui coincidía en definir a nuestros países como precapitalistas y con remanentes feudales (Mariátegui habla expresamente de “clase feudal”) argumentaba, contrariamente a la idea de una revolución democrático-burguesa sostenida por la Internacional Comunista, que la única revolución posible en América Latina era la revolución socialista. La Conferencia de 1929 postulaba que la revolución democrático-burguesa permitiría frente a “la dominación del feudalismo, del imperialismo, de la Iglesia, de los grandes terratenientes; liberar a la América Latina de las empresas imperialistas, solucionar la cuestión agraria, entregando la tierra a los que la trabajan” y llevaría (no se explica cómo) no a un estado liberal sino a “la dictadura democrática de los obreros y campesinos”. La lucha antiimperialista se presentaba en este contexto como motorizador de las masas que, puestas en movimiento, lograrían organizarse en torno a sus propios órganos de poder para arrancarle el poder a la burguesía.

Para Mariátegui, por más que en algunos países, las burguesías pudieran encuadrarse en determinadas luchas antiimperialistas, el antiimperialismo no era un “programa”, ni podía constituirse en un movimiento “que se basta a sí mismo y que conduce, espontáneamente, no sabemos en virtud de qué proceso al socialismo, a la revolución social”. Para el amauta, la sobreestimación del antiimperialismo traía aparejada una exageración en el mito de la “segunda independencia”, y colocaba a



las ligas antiimperialistas en un lugar de centralidad por encima de los partidos revolucionarios. Mariátegui planteaba que la lucha contra el imperialismo no resolvía el antagonismo de clases: “Sin prescindir del empleo de ningún elemento de agitación antiimperialista, ni de ningún medio de movilización de los sectores sociales que eventualmente pueden concurrir a esta lucha, nuestra misión es explicar y demostrar a las masas que sólo la revolución socialista opondrá al avance del imperialismo una valla definitiva y verdadera”. Porque el avance del movimiento antiimperialista “no representaría nunca la conquista del poder, por las masas proletarias, por el socialismo”. Como escribiera en *Aniversario y balance*, “Capitalismo o socialismo. Éste es el problema de nuestra época.” La posición de Mariátegui chocaba con la defensa de las ligas antiimperialistas como herramienta central de lucha que propiciaban muchos de los dirigentes comunistas de la Internacional. Así, Codovilla, como uno de sus voceros más fieles, sostenía que la lucha revolucionaria en América Latina era principalmente contra el imperialismo, a través de las ligas antiimperialistas, bajo la dirección de los partidos comunistas.

El segundo trabajo de Mariátegui presentado en la Conferencia de 1929 fue “El problema de las razas en América Latina”.^X Era la primera vez que la Internacional Comunista abordaba el tema, aunque la lectura de las actas de la conferencia demuestra que, con todo, el tema de las razas no sólo no era manejado por la totalidad de los presentes sino que no representaba un tema central.

El texto reviste una particular vigencia si se tiene en cuenta no sólo el tema indígena, sino la concepción que el imperialismo busca desarrollar para justificar su accionar, más allá de haber cambiado la forma de presentarlo. Ejemplo de esto es la brillante síntesis del amauta cuando escribe: “los pueblos modernos, que se gratifican ellos mismos con el epíteto de civilizados, dicen existir pueblos que deben naturalmente dominar, y son ellos, y otros pueblos que no menos naturalmente deben obedecer y son aquellos que quieren explotar; siendo justo, conveniente y a todos provechoso que aquellos manden, éstos sirvan. De esto resulta que un inglés, un alemán, un francés, un belga, un italiano, si lucha y muere por su patria es un héroe; pero un africano si osa defender su patria contra esas naciones, es un vil rebelde y traidor [...] y tanto amor les dedican que los quieren `libres' por la fuerza”.

X Según anota Aníbal Quijano, el esquema básico del trabajo fue elaborado por Mariátegui y desarrollado en algunas partes por Hugo Pesce, quien en las actas aparece como “Saco”.



Mariátegui recupera, como uno de los antecedentes en las históricas luchas de los indígenas, el congreso reunido en 1921, en donde delegaciones de diversas comunidades acusaron a gamonales, autoridades y curas de avasallar sus derechos. El congreso continuó reuniéndose hasta 1924, en que el gobierno intimó a sus líderes, presionado seguramente por la jerarquía eclesiástica que había reaccionado fuertemente por la propuesta del congreso de 1923 de separar la Iglesia del Estado.

En “El problema de las razas” se partía también de reconocer la existencia de remanentes feudales en Perú, principalmente en el sistema de haciendas. Es importante tener presente que según estima el propio Mariátegui, en 1929 la raza indígena representaba las cuatro quintas partes de la población total de Perú, y que el 90 por ciento de ellos trabajaba en la agricultura. Pero más allá del factor cuantitativo, para nada menor, plantea una serie de elementos vinculados al tema de las razas que debían ser incorporados a los análisis marxistas. Veamos.

En primer lugar, presenta un análisis que contempla, si retomamos los ejes de “Punto de vista antiimperialista”, el papel de la “psicología política” en los actores sociales del Perú. Porque, al igual que en países como Bolivia y en menor grado Ecuador, el tema de los indígenas complejizaba el esquema tradicional de clases proletariado-burguesía. No sólo porque el indio ve en el blanco su principal opresor, sino porque sectores mestizos o blancos, sobre todo provenientes de la ciudad, conservan cierto prejuicio frente a él. Y así “los elementos feudales o burgueses, en nuestros países, sienten por los indios, como por los negros y mulatos, el mismo desprecio que los imperialistas blancos. El sentimiento racial *“actúa en esta clase dominante en un sentido absolutamente favorable a la penetración imperialista”*. A la opresión económica del capitalismo se suma entonces la marginación racial.

Este planteo inicial de Mariátegui se relaciona directamente con otro de los elementos que deben ser contemplados a partir del problema de las razas. Se trata del activo rol que la clase obrera indígena puede jugar en la integración del campesinado indígena al movimiento revolucionario. Aunque cuantitativamente mucho menor, los indígenas del sector minero y urbano compartían con los indios campesinos no sólo el idioma, sino aquella “solidaridad racial” que los hermanaba frente al blanco. Para el amauta, “cuando las peonadas de las haciendas sepan que



cuentan con la solidaridad fraternal de los sindicatos y comprendan el valor de éstos, fácilmente se despertará en ellas la voluntad de lucha que hoy les falta y de que han dado pruebas más de una vez”.

Es importante señalar que a pesar de plantear el factor de la “psicología política” y la “solidaridad racial”, Mariátegui enfatiza que el problema de las razas es *esencialmente* un problema económico-social, y de ninguna forma ligado a los esquemas de razas “superiores” o razas “inferiores”, como bien había demostrado Nicolai Bujarin en su trabajo *La teoría del materialismo histórico (1921)*. La elevación material y cultural del indio, escribe Mariátegui, “no están determinadas por la raza, sino por la economía y la política [...] La raza india no fue vencida, en la guerra de la conquista, por una raza superior étnica o cualitativamente; pero sí fue vencida por su técnica que estaba muy por encima de la técnica de los aborígenes. La pólvora, el hierro, la caballería, no eran ventajas raciales, eran ventajas técnicas”.

En relación a lo anterior, Mariátegui señala que el problema del indígena en Perú, está íntimamente ligado al problema de la tierra, dado que es el latifundio feudal el que mantiene al indio en situación de explotación y servidumbre, y lo imposibilita de organizarse y elevar su conciencia de clase oprimida. El campesino indígena se convierte en una especie de “valor agregado” a las tierras: “Para el imperialismo yanqui o inglés, el valor económico de estas tierras sería mucho menor, si con sus riquezas naturales no poseyeran una población indígena atrasada y miserable a la que, con el concurso de las burguesías nacionales, es posible explotar extremadamente”. La raza tiene entonces una importancia vital a la hora de analizar la gravitación del imperialismo en Perú.

En base a estos elementos, Mariátegui sostiene la necesidad de que los Partidos Comunistas revisaran los datos con los cuales se evaluaban nuestros países, generalmente elaborados por los organismos de las clases dominantes. Y afirma: “Sólo el conocimiento de la realidad concreta, adquirido a través de la labor y de la elaboración de todos los Partidos Comunistas, puede darnos una base sólida para sentar condiciones sobre lo existente, permitiendo trazar las directivas de acuerdo con lo real”. Este conocimiento se encuentra en la base de lo que el dirigente peruano considera “el realismo de una política revolucionaria, segura y precisa, en la apreciación y utilización de los hechos sobre los cuales toca actuar”. En el caso de



Perú, el elemento de raza debía ser considerado como gravitante e incluido en el terreno concreto de la lucha de clases.

Las respuestas a la delegación peruana

Como dijimos, las discusiones sobre el tema de la raza no tuvieron tanto espacio como otras. El apartado “El problema de las razas en América Latina” que figura en las actas publicadas reproduce en casi en su totalidad el informe de Mariátegui, el más extenso y completo sobre el tema. Los puntos presentados por la delegación peruana que más controversia generaron fueron los relativos a la constitución en Perú de un Partido Socialista, y no de un Partido Comunista, y al papel de las Ligas Antiimperialistas.

Respecto al primero, es necesario aclarar que el ascenso del fascismo en Europa y la experiencia de los Partidos Socialistas, y “reformistas”, en este sentido llevaron al movimiento comunista internacional a establecer una comparación casi en términos de equiparación entre socialistas y fascistas, como dos recursos de la misma burguesía para el sometimiento del proletariado. Luego de leer “Punto de vista antiimperialista”, Portocarrero criticó a quienes los consideraban “reformistas” a causa de haber fundado un Partido Socialista “sin conocer la cuestión con toda la profundidad que el caso merece”.

Y explicaba: “El partido socialista se basa en nuestro Grupo el cual es enteramente afín con la ideología de la Internacional Comunista. Somos y nos declaramos ante todo comunistas, y queremos imprimir al movimiento obrero del Perú, el sello de la internacional Comunista. Dejo constancia, compañeros, que el partido socialista es solamente una táctica; eso no quita que nosotros no hagamos el intento de aprovechar la situación de semi-legalidad en el momento electoral. Estos han sido nuestros puntos de vista para constituir el partido socialista. Sabemos que con su constitución, corremos riesgos, pero ello es un proceso largo, que tiene su historia, que ya ha venido elaborándose”. Cerraba su intervención en este punto sugiriendo que la Internacional Comunista, a través de su Secretariado Sudamericano, debía trazar directivas diferenciadas según la región, no homogeneizando todas las situaciones de América Latina.

Una de las primeras respuestas que figuran en las actas es la de Peters,



representante de la Internacional Juvenil Comunista, quien acusaba a la delegación peruana de no comprender que “la creación de un verdadero Partido comunista, ideológicamente monolítico, es la *condición previa* de todo trabajo revolucionario serio; que la creación de ese Partido, es la *única garantía* del trabajo en el seno de las masas y de la creación de las organizaciones auxiliares de masas”.^{XI} Para sostener esta posición Peters citaba los escritos de Lenin sobre el Partido bolchevique: “si comenzamos por establecer una fuerte organización de revolucionarios (es decir, del Partido), podremos asegurar la estabilidad del movimiento, realizar los objetivos social-demócratas y los objetivos puramente sindicalistas. Pero si comenzamos por construir una amplia organización con el pretexto de que ésta es más ‘accesible’ a la masa [...] no alcanzaremos ninguno de esos objetivos”. Lenin (1902)

Más contundente fue aún la intervención de Victorio Codovilla que acusó a la delegación peruana de insistir con la formación del Partido Socialista “aun escuchando nuestras indicaciones”. Codovilla, recordemos, hablaba en nombre del Secretariado Sudamericano de la Internacional, y desde esa posición señalaba: “si la Internacional Comunista establece que en *todos los países* deben crearse Partidos Comunistas ¿por qué el Perú puede constituir una excepción?”. Este comentario es una clara muestra de la forma en la que el movimiento comunista internacional intentaba trabajar en la primera mitad del siglo XX. Como dijimos, la URSS representaba la revolución socialista triunfante, la Internacional Comunista tenía su epicentro en Moscú, y sus directivas revestían una autoridad que pocos se animaban a cuestionar. Esto no sólo debe tenerse presente para contextualizar la polémica con Mariátegui y la delegación peruana en la Conferencia de 1929, sino para el estudio de las diferentes posiciones de los Partidos Comunistas de América Latina y su surgimiento, y la forma en la que esto incidió en sus miradas sobre procesos como, por ejemplo, la Revolución Cubana.

También comentamos que en aquel momento el movimiento comunista internacional tenía una visión muy negativa de los partidos socialistas como traidores al movimiento proletario. Frente a esto la delegación peruana había pedido que no se valorara de antemano la experiencia que ellos podrían llevar adelante en Perú, a lo

XI El subrayado está en el original.



que Codovilla respondió: “Indiscutiblemente, aquí estamos frente a una contradicción entre la *voluntad* revolucionaria de los compañeros y las *posibilidades* de realización, y eso es lo que ellos no llegan a comprender”. El dirigente argentino terminó sus comentarios sobre Perú reconociendo las “buenas intenciones” de sus delegados pero con la convicción de que sería cuestión de tiempo que reconocieran su error. Sin dudas, una fuerte presión frente a las delegaciones comunistas de todos los otros países.

En síntesis, los planteos de Mariátegui ponían en cuestión la fuerte impronta etapista que comenzaba a consolidarse en el movimiento comunista internacional, desde una crítica explícitamente marxista, partidaria e inserta en la III Internacional. Hoy, en perspectiva, nos resulta mucho más fácil reconocer la justeza de los planteos de Mariátegui, pero nos parece importante señalar, retomando a Kohan que “la posibilidad de fundar a partir del marxismo la legitimidad teórica de desarrollos histórico-sociales no lineales, es planteada en nuestro continente por Mariátegui a fines de los '20.”^{XII} Recién con la publicación de “Formaciones económicas precapitalistas” de Marx en 1939 se puede vislumbrar un desarrollo del propio autor de *El Capital* acerca de las diferentes formas de organizar la producción, y con esto las relaciones sociales, antes de la consolidación del capitalismo y la aparición de las clases tal como el propio Marx las definiera.

Bibliografía

- Agosti, Héctor P. (1976) [1938] *El hombre prisionero*. Axioma, Buenos Aires.
- Ghioldi, Rodolfo (1933) “La cuestión nacional”, en *Boletín interno del Partido Comunista*, No 18, octubre.
- Gramsci, Antonio (1917) *La Revolución contra el Capital*, Avanti, Milán.
- Kohan, Néstor (1998) *Marx en su (tercer) mundo*. Biblos, Buenos Aires.
- Lenin V. I. [Vladímir Ilich Uliánov] “A los obreros y campesinos de América del Sur”, *La Correspondance Internationale*, 20 de enero de 1923.
- “Informe de la comisión para los problemas nacional y colonial”, disponible en www.marxist.org.
- Löwy, Michael (2007) *El marxismo en América Latina*. LOM, Chile.
- Marx, Karl; Hobsbawm, Erik (2009) [1971] *Formaciones económicas precapitalistas*, Siglo XXI, México.
- Mariátegui, José Carlos (1928) “Aniversario y balance”, en *Amauta*, Año III, No 17. Lima, setiembre.

XII Sobre el itinerario de los *Grundrisse* puede consultarse el artículo de Marcello Musto “Difusión y recepción de los *Grundrisse* en el mundo” disponible en www.rebelión.org. También el prólogo de Erik Hobsbawm a *Formaciones económicas precapitalistas*.



- (1995) *Textos básicos*, FCE, México. Cartas a Ravines, pp. 136-137.
- Musto, Marcello (2011) “Difusión y recepción de los Grundrisse en el mundo”, disponible en www.rebelión.org Revista Memorias, 251
- Quijano, Aníbal (1995) “prólogo a Mariátegui” en *Textos básicos*, FCE, México D.F., p. 9.
- Suárez Salazar, Luis (2003) *Madre América: Un siglo de violencia y dolor (1898-1998)*, Zambon, Frankfurt/La Habana.